

Colofón: colofón

Como dijera don Susanito: «los tiempos cambian». Ya nada es igual. No es lo mismo. Todo puede suceder en un momentáneo momento. Los recursos de la inteligencia humana echados a andar para favorecer la inteligencia humana no son pocos ni son muchos simplemente son. De lo contrario, encienda su computadora: se llevará una grata impresión. Para cualquier duda, comentario o consejo espiritual llame a mi buzón electrónico: a Vigil@infosel.Met.mx. Barrio Antiguo.

Album regiomontano

Alfredo Zapata Guevara

Mercado Colón

(para leer de corrido y sin tropiezo)

Legas y es otra atmósfera, otro mundo, rápido, rápido, Mercado Colón, cueva, catacumba, mercado, mercadito, todo se vende, todo se compra, amontonamiento de gritos, confusión de olores, todo se vende, frutas, tacos, granos, cuerpos y protección. Todo cabe en una palabra sabiéndola expresar: mercancías. Al fin y al cabo es un mercado.

Te adentras y hay más gritos, más olores, el paseo y la vida cotidiana de unos cuantos, responsabilidad de muchos, tranquilidad de pocos, nido de ratas y botín de sindicatos, asociaciones, uniones, líderes y cucarachas. Baterías de puestos, productos mexicanos, tomates, chiles, frijoles, hierbas de unas y de otras, de la golden, de la buena, de la pegadora, de la fregona, de la chingona, y ahí está la protección vendida, la protección comprada.

Por los rincones los compas, con la mirada vidriosa y las manos con temblorina. La cruda, la maldita cruda, la pinche cruda a todas horas. Un trago, mi reino por un trago, mis risas, mi familia, mi desempleo por un trago.

Y en los otros rincones los pajarillos de blancas alas que venden un faje al mejor marchante. Aquí no hay sinfonolas, sólo radios y grabadoras, y se oye a Vicente, a Cornelio, a los

Cadetes. Tampoco hay preocupación por el mundo, los ingleses son una metáfora, los argentinos una fábula, pásele, pruébelo, a dos por uno. Israel quién sabe dónde jodidos quedará pero el tomate ya bajó.

Niños, muchos niños, con delantal, sin delantal, sin zapatos, sin escuela, sin padre, a veces sin madre. Con hermanitos, muchos hermanos, todos menores, todos comen, alguien tiene que mantenerlos.

Perros, algunos perros, de los de cuatro patas, y de los otros, de los que buscan comida y de los que quieren morder. Aquí está la pura síntesis, el lumpen como le dicen.

No falta el mero merolico, con mercancía pero sin partido, con verbo, con recursos, con retórica, con promesas absurdas, con la medicina universal y con el remedio para todos, qué lástima, no tiene partido.

Aquí está también el escribidor, el escritorio público, manos lustrosas, trajes lustrosos, todos la misma historia, reventado de la escuela y ahí está, atado a una silla, encadenado a una máquina de escribir, sin huellas digitales, se le acabaron junto con las letras de las teclas.

Las historias truculentas, los amores prohibidos, las equivocaciones de sexo también tienen su lugar, la ignorancia y el incesto, el padrastro y los entenados, el hijo de la chingada y los desagradecidos, la mujer burlada y el marido cornudo, ya lo ves nada falta, otra atmósfera, todo junto, otro mundo, Mercado Colón, cueva, catacumba, mercado, mercadito, todo se vende, todo se compra.

Los caminos de la vida

(Para leer mientras se viaja en un ruta 39)

Sí mi cuate, mi canción viaja en camión. Ciegos falsos, ciegos verdaderos, niños explotados, niños solidarios, adultos alcohólicos, bohemios y uno que otro necio que se niega a perder an-

te la vida. Por este pasillo le llegan. Cantores de las desgracias ajenas y exponentes de la propia, de un camión a otro, por la mañana, por la tarde y a todas horas.

Voz ronca, desgastada, entre ruidos de motos se trata de imponer. Competencia desleal entre la potencia de la máquina y la garganta desvalida. Guitarra maltrecha, pegajosa, llena de cochambre, destartada, desafinada, haciendo juego con el desaliño del cantor, personaje desgarrado, flaco, de silueta desdibujada, de triste figura, cercana a lo quijotesco.

Cantor de camión, refugio de desesperados. Todo es subir y empezar a entonar, aclarar la garganta y trastabillar con el vaivén del viaje. Posarse ante la pareja, el obrero, el estudiante y algún despistado de traje ajado. Lugar pleno de sudores, de asfixia momentánea, de esfuerzos agotadores, de esquina a esquina y de ruta en ruta.

Enorme bolsa de pantalón de payaso, allá en el fondo tintinean las monedas engrasadas, sudadas, apretadas, anheladas, salvadoras. A veces las malas caras y a veces el gesto solidario, pocas veces monedas abundantes y muchas veces la escasez.

El cantor en busca de acomodo, de aceptación por tres seis cuabras o dos paradas, haciéndole al flaco, juntando los hombros por arriba de su cabeza, pegando la panza a la propia espalda y recogiendo las muestras de distinto aspecto: el enojo, la incomodidad, la resignación, la sonrisa, el gruñido, la indiferencia.

Subir sin rumbo fijo, pero con mucha fe, a dar la batalla, a repetir la misma canción, a darle vueltas a la misma cinta. Cantores de escasos instrumentos, guitarra desvencijada, bongó apaleado, aunque lo más común un abollado bote de hojalata o un guiro desgastado.

«Los caminos de la vidaaaaaa/ no son como yo pensaba/ como los imaginabaaa...» Cantores de camión, ahora sí que compañeros de viaje, sufriendo las mismas, pasando por todo lo de todos. Sin altos ni esperas, cualquier ruta es la misma porque van por los caminos de la vida.

Los olores de Monterrey

(Para leer sin sarolo)

Por el olfato los machos saben que la hembra está en celo, por el aroma que se percibe se identifican algunas zonas del área metropolitana de Monterrey. El olor es un monólogo que invita al diálogo, sale de un punto y se disemina en el ambiente. Las casas despiden un aroma, la casa impregna a sus habitantes y viceversa; es por ello que los perros y los gatos desconocen a los ajenos al hogar, a los intrusos.

Un recorrido por Monterrey y su zona conurbada pone de relieve lo que para sus habitantes es cosa común. En el aire de la Colonia Talleres y la María Luisa casi se puede morder el aroma del tabaco que emana de La Cigarrera, un penetrante olor se apodera del medio ambiente. Aunque tiene casi enfrente a Orión, no hay competencia para los nervios olfativos de los vecinos y los transeúntes. Y a pesar del aire cargado de inmundicias citadinas una profunda aspiración al pasar por el lugar recuerda la atmósfera de las antiguas torcedoras de tabaco, con aire que endulza las entrañas.

Muy cerca de ahí, caminando hacia la Mitras Norte, CYDSA o Celulosa se coloca en la contraparte. El pudor haría decir que ahí hay «cierto olor a podrido o flatulencia producida por la digestión de huevo». No importa, caminas hacia el oriente hasta llegar a la Colonia Industrial y un aroma a cerveza cruda te reconcilia con la ciudad: es el olor familiar de la malta.

Nada más por ligar lo geográfico se impone brincar a la colonia Garza Nieto, o sea La Coyotera. Ahí el aroma que impera es la cerveza agria, derramada día tras día, noche tras noche por la torpeza y traspíes de los sentidos embotados. Con frecuencia se mezclan los aromas de los orines en evaporación. El aroma dulzón del semen, otro de los líquidos que corre en el lugar, aunque con menos abundancia de lo que se

presume, es asesinado con la hoja de doble filo del binomio perfecto: cerveza-meados.

Ni modo, luego te toca la Central de Autobuses, ¡ah la Central!, ahí están las columnitas de humo de las fritangas aderezadas con cierto toque de ocote que utilizan los eloteros para mantener calientes sus productos. Y el aroma viene y va con ellos. Sus barrios, sus casas, sus colonias guardan y despiden ese olor de grasas, de aceites quemados.

Allí, nada más cruzando unas cuantas calles, se puede encontrar a los puesteros de Reforma, cubiertos ahora por una atmósfera con olor a plástico, a hule, producto de la bisutería norteamericana o de sus empaques. El olor a óxido, a sudor agrio es opacado por lo «made in Taiwan».

El lecho del río Santa Catarina tuvo un tiempo cierto hedor a muerto. Las víctimas del huracán Gilberto (septiembre de 1988) que ahí reventaron le dieron esa característica. Hoy sólo el polvo inunda los pulmones dejando al olfato con «un palmo de narices».

Cerveza agria, fritangas, orines, tabaco, semen, incluso excrementos, son huellas de seres vivos, palpitantes. Sin embargo, hay una colonia conocida por sus habitantes como «La Colonia», que es inodora. «La Colonia», o sea la Del Valle, despide aroma a ...nada. Los filtros de los extractores de cocina matan el alma odorífera de sus guisos. Las casas climatizadas no permiten emisiones de su aroma al medio ambiente.

La Macroplaza

(Para leerse en el Parque Hundido)

De norte a sur limita con el poder, de oriente a poniente con la impotencia. Al norte limita con el encarnado poder político del Estado; al sur, con los esfuerzos y desmayos del pequeño poder de la ciudad. Al oriente con la impotencia ciudadana, al

ponente con enorme caos urbano. Es la Macroplaza, la Gran Plaza a pesar de la crisis, la terquedad en la tempestad.

Y pregunto como el obrero de Brecht «¿Quién construyó Tebas la de las Siete Puertas? En los libros figuran sólo nombres de reyes. ¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra».

La Macroplaza casi se vuelve a plazos, sepultura pública para unos, glorias eterna para otros. En su gestación-construcción se convirtió en tragadora de hombres, glotona, agotante. Aplastados o extenuados ahí quedaron, llenos de polvo, de callos, reventados como caballos o bajo un cerro de bloques de sillar, muerte pública pero anónima para el transeúnte actual. Sin honor, sin mayor mérito que el de empujar una pala.

Macroplaza, operación quirúrgica, cirugía plástica, señora presumida con nariz arreglada. En el lejano pasado barrios populares, bravos; en el pasado cercano símbolo de trabajo y esfuerzo. Donde hubo viviendas que cobijaron pobrezas ahora hay caros estuches para automóviles, conversión entre infame y afortunada, de hogar a cajonera, de casa a estacionamiento.

Macroplaza, zona de fantasmas, explanada de héroes y mitos, zona de marchas y protestas, motivo de desvelos, centro de discursos, pretexto de injusticias, alusión de informes, justificación de gastos. ¿A quién daremos el crédito de su construcción? ¿Al que acomodó las piedras o al que dijo «vayan por ellas»?

Avenida Juárez

(Para leerse de esquina en esquina)

Aquí, con el perdón de El Cocodrilo (frase que sólo entenderán los iniciados), no señor, este gran surco no sirve para sembrar, esta es la Avenida Juárez. Recorrerla es un espectáculo fascinante. Clásico paisaje urbano. Los grandes contrastes ahí están. Para muestra basta un ojal y dos botones.

Avenida Juárez, inmóvil río de pavimento, agitada corriente de seres humanos. Columna vertebral de la ciudad y arteria vital del comercio. Objeto de experimentos y sujeto de caprichos. Semejante a muchas y distinta de todas. Pasarela de moda y cajón de sastre.

En sus orillas de todo se puede encontrar: iglesias, mercados, cines, bancos, farmacias, plazas, librería, ropa para damas, niños, quinceañeras, novios, escuelas, refacciones, cafeterías y demás.

Eso fue un botón, porque el otro que se abrocha en el mismo ojal, son los dulceros, elotereros, globeros, mendigos, marías, papeleros, chicleros, puesteros, paletteros, billeteros, mordelones, policías, yerberos y otros entresijos de la patria.

«...Y todos es un montón de frías cenizas, un hervidero de gusanos, en el andar sin danza de los jóvenes, un sollozar por su destino en el rostro apagado de los jóvenes, y un juego con la tumba en los ojos manchados del anciano». Sí, así es, se puede ver al joven con el desempleo a cuestas y al jodido alimentándose de su miseria, al imbécil que ambiciona trapos y perfumes y al viejo en la frontera de la vida.

Sin paz, sin sosiego, eterna actividad, de día y de noche. Ajetreo, velocidad, calor, enajenación. Amplitud y soledad nocturna que permite la convivencia de prostitutas en busca del cliente que le permita sobrevivir y homosexuales buscando su parte complementaria, ya sea servir o ser servidos. A pie o en auto. Sí, Avenida Juárez, ya te vi en la oscuridad y no eres tan inocente como pareces. Eres de comercio no tan blanco por el día y de comercio no tan negro a la luz de la luna y las farolas.

Ya vi que te dejas caminar a medianoche por los borrachos, los poetas y las putas. Y a los tres abrazas, a los tres les das cobija, a los tres les das pretextos para ser lo que son y para buscar lo que buscan. Los unos te cubren de vómitos, los otros de improperios o de angelicales perversidades. A veces las cosas se dan juntas o se intercambian, nada impide tu sádi-

co romance con ellos. Las ideas y resentimientos quedarán junto con la mugre de las esquinas, simple y sencillamente porque tienen razón. Sin pensar qué es lo que te mereces por ahí te andarán, acudirán a la imprescindible cita.

Perdón Cocodrilo pero aquí no he visto turistas gringos, cae uno que otro despistado, no más. Aquí no llegan las tribus espigadas con ráfagas azules. Aquí llegan los frutos de la miseria del campo, la explotación infantil, la ola del vicio, el rescaldo del pequeño poder corrupto, la mezquindad de dirigentes obreros, la barbarie, la ignorancia, la ignominia, los signos de los jodidos, los símbolos de la crisis. La Avenida Juárez de tu loca y gran ciudad, es y no es como la nuestra.

Avenida Juárez, tarjeta postal. A despecho de paisajes naturales buenas son tus singularidades. Inspectores mordelones, vendedores de lotería, fascinante fantasía. Rico de la noche a la mañana, sin esfuerzo, sin sudor. Como suturas inútiles, como puntadas dadas en heridas falsas ahí están tus puentes a punto de caer de tanto no usarse.

Por donde te muevas y a donde le des, ahí están, a flor de banqueta, a flor de calle, en comercio primitivo, en la última estación de la esperanza: los puesteros. Ni románticos, ni legales, no hay tiempo para ello. Se mezcla el coraje por la vida y la explotación indebida.

Avenida Juárez, tiro al blanco, juego de puntería y putería. Desde las orillas te llegan al centro. Y de repente el telón de lo irrespirable se levantó, arteria prohibida. Avenida Juárez, calle de locos y cuerdos, calles de olvidos y recuerdos, calle del pasado y porvenir... -no-que-no-ya-vol-vi-mos-a-sa-lir.

Crónica del ojo de agua

Para los que...

Epílogo

Habéis de saber...

1 Copia íntel de un...